

FED.—Por cinco mil... razones.

GLO.—¿Regaladas?

FED.—Casi. Al treinta y seis. *(Llamando.)*  
Lanzadeira...

GLO.—¡Chiss! Déjale. Estudia...

FED.—¿Qué asignatura?

GLO.—Elementos de felicidad: primer curso.  
Con Aurora...

FED.—Me gusta el texto. Enséñeme una lección...

AUR.—Usted no lo necesita. *(Yendo a Lanzadeira.)* ¿Viene usted mañana con nosotros?

LAN.—Con mucho gusto.

AUR.—Aún no es así. Conteste...

*(Le coge del brazo y lentamente, él incomodado y ella riéndose, hacen mutis por izquierda.)*

GLO.—¡No desatínel

FED.—¡Le digo a usted que es verdad! Lanzadeira no aprovecha esas lecciones.

GLO.—¿Usted sí?...

FED.—Y con muchísimo aprovechamiento. Yo tuve una novia que se llamaba Enriqueta; no, Antonia; no, Luisa...

GLO.—Ande, Luisa, bueno.

FED.—No pude hablar con ella más que dos veces en un año... y aprobamos el curso.

GLO.—*(Marchando.)*—Quite...

FED.—*(Deteniéndola.)*—Y hubiéramos sido muy dichosos, porque llegué a entrar en la casa con autorización de los padres y de los hermanos... pero intervino la hermana, que era el único hombre de la familia... y tuve que desalojar.

GLO.—¿Era fea la hermana?

FED.—Era lista. El peor defecto de las mujeres... por eso le tengo a usted tanto respeto.

*(Rien los dos, sin soltarla Federico del brazo; entra Joaquín por la derecha, lo ve y se quedan todos serios.)*

#### ESCENA VIII

GLORIA, FEDERICO y JOAQUÍN por la derecha.

GLO.—Me decía Federico que...

JOA.—No se moleste usted en explicármelo.

GLO.—Pues no me molesto en explicarlo.

*(Marcha por izquierda)*

FED.—*(A Gloria.)*—Ya nos hemos caído... Y lo peor es que sin habernos caído.

*(Mutis por izquierda Gloria y Federico.)*

## ESCENA IX

JOAQUÍN y ROSA por derecha

ROSA.—(Con una bandeja llena de tazas.)

¿Quiere usted algo, señorito Joaquín?

JOA.—Sí.

ROSA.—¿Dejo las tazas?...

JOA.—No.

ROSA.—Ay...

JOA.—Sin que te oigan, procura decirle a Federico que deseo hablarle.

ROSA.—¿Nada más?...

JOA.—No.

ROSA.—¿Entonces puedo seguir?

JOA.—Sí.

ROSA.—Ay...

(Mutis Rosa por izquierda.)

## ESCENA X

JOAQUÍN se sienta malhumorado y FAUSTINO por foro.

FAUS.—¿Qué te pasa?...

JOA.—Nada.

FAUS.—Algo será, para traerte mustio y preocupado a tí que eres tan dichoso. Tan dichoso, sí. Los felices son los que se espantan de las pe-

nas, porque les cogen siempre de improviso.

JOA.—(Levantándose.) Perdone usted, don Faustino.

FAUS.—Soy tu padrino; algo como si fuera tu padre... y soy tu amigo: te costará un poco el reconocerlo, porque a tu edad no se cree en más amigos que las amigas, pero lo soy. ¿Por qué no te franqueas conmigo?... Habla.

JOA.—No tengo secretos.

FAUS.—He prometido servirte: ¿por qué no confías en mí?

JOA.—¿Y usted en qué ha de valerme? ¿Con alguna idea infernal?...

FAUS.—(Siempre sonriente.)—¿Tú también?... Ya sé que me buscan parentesco diabólico, porque dicen que las líneas de mi cara recuerdan algo el retrato convencional que hemos hecho del Gran Tentador... pero no te dejes convencer por la fealdad de un rostro, ni por la belleza: los dos mienten, y lo hermoso, aun más, porque atrae y te engañas tú antes de que él pretenda engañarte. Habla, Joaquín...

JOA.—Yo no tengo nada que decirle.

FAUS.—Cuando yo era muy chiquillo, como tú ahora, oyéndoles decir a todos los que buscaba, por amistad o por amores... «¡Qué hombre...

parece un demonio!...» Estuve, realmente, a punto de serlo, porque se encontró el alma. Mi fortuna, quiso que en aquellos años de odio y de angustia, encontrara un amigo, como tú ahora, y me diera un buen consejo. Por escucharle, ya ves que no fué sacrificio... nada más que por escucharle, cambió mi vida y soy feliz. Continúo siendo un demonio, pero un demonio bondadoso, y por la tierra, un ángel bueno, que sólo conoce el bien y te lo ofrece, no vale lo que un buen demonio, que también conoce el mal y te lo aparta...

JOA.—*(Abrazándole.)*—¡Padrinol...

FAUS.—¡Habla, habla, Joaquín...

JOA.—¡¡Pues bien, sí, hablaré!!

FAUS.—¡Calla!

### ESCENA XI

DICHOS y ROSA que atraviesa de izquierda a derecha con la bandeja vacía.

### ESCENA XII

FAUSTINO y JOAQUÍN

FAUS.—Sé franco: no te pesará...

JOA.—¡Estoy en una situación horrible!

FAUS.—*(Echando mano a su cartera.)*—  
¿Cuánto?

JOA.—No es dinero.

FAUS.—¿De salud?

JOA.—No es enfermedad.

FAUS.—¿Es amor?...

JOA.—Amor, don Faustino: ciego, loco, desesperado...

FAUS.—Basta, basta. Es amor: lo demás ya sé que le pertenece.

JOA.—Y si esa mujer no me quiere...

FAUS.—Te querrá.

JOA.—¡Es que se burla!...

FAUS.—Entonces te querrá más pronto: los burladores suelen llevar dentro una persona muy seria.

JOA.—¡Si usted lo consiguiera, le veneraría como a Dios!

FAUS.—Como a Dios no conozco más que a un ser que lo merezca.

JOA.—¿Quién?

FAUS.—Dios. Los demás quedan ya muy por bajo. Pero sin necesidad de ninguna adoración, yo haré lo que tú desees, yo te daré la felicidad en amor y en todo lo de la vida.

JOA.—¿Usted?...

FAUS.—Y verás de qué modo tan sencillo. Tú me permites acompañarte siempre que vayas o

te figures ir a una situación difícil y sea la que sea, prometes por tu honor obedecerme en el mismo momento en que yo te lo mande...

JOA.—¿Mandarme qué...?

FAUS.—Nada que te denigre ni que te violente siquiera. No, no... una cosa natural, fácil y correctísima.

JOA.—¿Y ahí está todo el poderío de usted...?

FAUS.—Todo e infalible. Para entendernos, y que los demás no lo entiendan, vamos a quedar convenidos en una señal cualquiera. Por ejemplo... «qué noche tan hermosa», qué día tan apacible». Cuando yo pronuncie estas palabras y cuando tú las oigas, sea el momento que sea, ¿juras por tu honor obedecerme sin discutir, sin vacilar, sin rebelarte...?

JOA.—¿Y qué pasa?

FAUS.—Nada.

JOA.—¿Qué digo?

FAUS.—Nada.

JOA.—¿Qué hago?

FAUS.—Reirte.

JOA.—¿Qué más?

FAUS.—Nada más: reirte.

JOA.—(Exaltándose.)—¿Usted se chancea de mí, don Faustino...? ¿Usted se figura que soy un

muñeco para zarandearme a su capricho... o que le amparan demasiado los años para que yo le respete aunque se mofe...? Crea usted algo de eso, pero no tanto, porque yo...

FAUS.—Ríete ahora.

JOA.—¡¡Don Faustino!!

FAUS.—Como aún no juraste, no te lo puedo mandar aún: te lo suplico. Ríete... por complacerme... ¿qué te cuesta? (Joaquín sonríe forzosamente.) No te ha salido bien la risa: es por falta de costumbre. Ya la perfeccionarás.

JOA.—¿Y qué adelanté con eso...? Si fué una fantasía de usted, una gana de divertirse a mi costa, está usted complacido, pero no insistamos en la broma, que a uno de los dos puede costarle cara, y si usted olvida que soy ya un hombre, olvidaré yo que...

FAUS.—Un instante. ¿De qué hablas ahora...?

¿De tí y de mí...?

JOA.—¡Claro...!

FAUS.—¿Solamente de los dos?

JOA.—¡Claro!

FAUS.—¿Y ya no hablas de tu amor, de lo que afirmas que es tu única obsesión...? La risa te llevó al enfado, a otra cosa, no aseguro que mejor ni peor, pero a otra cosa distinta de lo que

era tu pensamiento. Pues si cada vez que la pasión te domina, por tu propia voluntad o por obediencia a mí o por cualquier otra circunstancia, tuvieras que serenar tus nervios, al cabo de muchas dominaciones llegarías a discurrir tranquilamente acerca de lo que ahora miras tan exaltado.

JOA.—Si bastara lo que usted propone...

FAUS.—Te sobraré. Fué un buen consejo que me dieron, y por seguirlo he triunfado. La vida es mía, en lugar de ser yo juguete de la vida: la llevo yo, en lugar de llevarme y de arrastrarme ella.

JOA.—Ha de costar mucho.

FAUS.—Al principio, sí, como todo; después no vale nada... como todo.

JOA.—Pero en algunos momentos la risa ha de repugnar...

FAUS.—Sí repugna, sí, pero el final agrada. Es labor de tiempo y es pelea en que triunfa el más tenaz. El agua cae sobre el fuego y se evapora: vuelve a caer y vuelve a evaporarse; y vuelven uno y otra sin cesar en esa lucha hasta que el fuego se apaga y queda el agua triunfadora. Así se formó el mundo.

JOA.—Así...

FAUS.—Viene la risa en una hora de angustia y el corazón dolorido la rechaza; vuelves a reír y vuelve a rechazar; vuelves de nuevo y ya el corazón la soporta, y tiene juntas, dentro de sí, a la pena y a la risa... y a la otra vez que ríes, el corazón se ríe también y la pena huye avergonzada. Así nos formamos nosotros.

JOA.—Bien está para dicho: bien está para aconsejado, pero cuando el dolor es muy verdadero y muy hondo, cuando el amor es muy desventurado, como el mío, ¡ay! entonces no sirven ni valen...

FAUS.—Ríe.

JOA.—(Dolorido.)—Padrino...

FAUS.—Ríe. (Joaquín se sonríe.) Ya no es nada el dolor.

JOA.—Volveré a ser.

FAUS.—Pues vuelve tú a reír y al fin vencerás. ¿Tengo tu palabra de honor...?

JOA.—(Sonriendo incrédulo.)—Mi palabra de honor.

FAUS.—Pues tú vencerás. (Retirándose por la izquierda, sin volver la espalda, sonriente y natural.) Prepárate a disfrutar de la vida, que tuya es. Tú vencerás, Joaquín, tú vencerás. (Mutis: después del mutis, no viéndosele ya.) Tú vencerás...

## ESCENA XIII

JOAQUIN, después ROSA por derecha

JOA.—Se ha burlado de mí; ya lo comprendo.

ROSA.—(Desde la puerta siempre.)—Señorito... Señorito Joaquín...

JOA.—¿Diste mi recado a Federico?

ROSA.—Tuve que aguardar porque estaba hablando con la señorita Aurora.

JOA.—¿Juegan?

ROSA.—Si juegan no se les ve...

JOA.—¿Al bridge?

ROSA.—A eso no señor. Vendrá en seguida. ¿Quiere algo más el señorito?

JOA.—No. Gracias.

ROSA.—Porque el señorito es tan simpático que...

JOA.—Nada, nada, puedes marcharte...

ROSA.—¡¡Qué simpático es...! ¡Ayl

(Mutis Rosa.)

## ESCENA XIV

JOAQUIN; FEDERICO por izquierda

FED.—¿Me llamaba usted, Joaquín? A su dis-

posición y agradézcame un poco el que haya acudido, interrumpiendo un diálogo interesantísimo con Aurorita: hablábamos de locuras ajenas, que es como mejor se encarrila uno para las propias, a propósito de aquella institutriz que mandó venir de Londres la condesa de Val para educar a sus niñas y que ahora ha regresado a su país... llevándose al Conde.

JOA.—¡Eso es una calumnia!

FED.—No, no, yo no digo que con mala intención. Se lo habrá llevado como recuerdo de España. Era una mujer muy guapa.

JOA.—(Secamente.)—Sí, bastante.

FED.—De recién venida la llamaban la Virgen Loca; no sé ahora de recién escapada cómo la llamarán. Supongo que loca y otra cosa cualquiera.

JOA.—Cuando usted me permita hablar a mí le diré por qué le he avisado.

FED.—Sí, hombre, sí. Desembuche usted a escape. Y empezaré por ponerme serio, que con usted todo sale en procesión y de capa pluvial.

JOA.—Será lo mejor. Ahora he tenido una conversación con don Faustino.

FED.—¿Con el diablo, eh?

JOA.—(Corrigiéndole.)—¡Con don Faustino! Y

se burló un poco de mí; es viejo, es muy amigo... hizo bien en divertirse a mi costa. Pero los demás no: ¿entiende usted, Federico?

FED.—Perfectamente. Que no tolera usted burlas más que al diablo... a don Faustino?

JOA.—Aunque no lo disimulo, ni tengo por qué, apostaría algo a que usted no se dió cuenta...

FED.—¿Del amor de usted por Gloria...? No soy tan negado: me basta con ver las cosas diez o doce veces para sospechar en seguida...

JOA.—Bien, pues entonces...

FED.—(Yendo a él afectuosamente)—Mire usted, Joaquín...

JOA.—(Rechazándole.)—Sin mirar nada. Me molestan las confianzas que usted se toma, y estoy decidido a terminárlas por mi mano.

FED.—(Grave.)—Usted sabrá lo que hace.

JOA.—Y a no ser que usted prefiera alejarse de esta casa...

FED.—No.

JOA.—Terminando el asunto con esa amabilidad de usted...

FED.—No.

JOA.—En ese caso, que yo prefiero, podríamos seguir esta conversación...

FED.—En donde usted quiera, cuando usted quiera y como usted quiera.

### ESCENA XV

DICHOS: FAUSTINO por la izquierda

JOA.—¿En el Casino?

FED.—Muy bien.

JOA.—Hablaemos de política o de religión...: usted responderá como le parezca, y con eso basta, porque inmediatamente...

FED.—¿Qué?

JOA.—Levantaré el brazo y...

(Hace el ademán de pegar, pero se detiene con el brazo levantado, viendo a Faustino que le mira fijamente, inmóvil, y le está diciendo, a flor de labio, de modo que no se oigan las palabras, pero que se vea que las está pronunciando: «Qué noche tan hermosa...»)

FED.—¿Y qué? (Joaquín sonríe forzosamente). ¿Y qué, sepámoslo?

JOA.—(Bajando los ojos ante la mirada de Faustino, inmóvil y sonriente.)—Federico... Re-

conozco que no tengo autoridad... para impedirle a usted la entrada aquí... ni razón para... para lo que he dicho.

FED.—(Riendo.)—Sí, hombre, sí: tuvo usted muchísima razón.

JOA.—No, no.

FED.—Sí, hombre, sí. Y si quiere usted darme un cachete ahora mismo me lo da. No es que lo pida, pero lo admito.

JOA.—¡Federicol...

FED.—Y si a usted se le antoja no vuelvo a poner los pies aquí en un semestre.

JOA.—(Dándole las dos manos.)—¡Federicol!

FED.—Federico, sí. Va usted acertando con mi nombre. Empezó usted la cavatina en un tono tan agudo que no había más remedio que imitarle para no desafinar, pero hablando de este otro modo sepa usted que a mí, Gloria no me importa un comino, que no le hago la corte ni se la hice nunca, y que tengo mis cariñitos apañados por otras direcciones. ¿Basta con esto...?

JOA.—(Abrazándole.)—¿Y con esto...?

FED.—Y la mujer que a mí me gusta vale cien millones de veces...

JOA.—(Serio.)—¡Federicol!

FED.—Menos que la de usted.

JOA.—(Riendo.)—Más.

FED.—Menos.

JOA.—¡Más!

FAUS.—Pongamos que vale por igual.

FED.—¿Estaba usted ahí, don Faustino?

FAUS.—Entro ahora.

FED.—En tan buena compañía ya le puedo dejar.

FAUS.—¿Pero quedando amigos y de acuerdo?

JOA.—¡Sí, sí!

FED.—Ya lo creo. Conmigo, o admitiendo que yo intervenga, siempre hay paz. ¡Con decirle a usted que yo he reconciliado a dos tipos que se llamaron mutuamente malas cómicas...!

FAUS.—¿Cómo llegó usted a tanto...?

FED.—La dificultad consistía en averiguar cuál de las dos era peor, y yo lo resolví a satisfacción de las dos: Una era más mala que la otra, pero la otra llevaba más tiempo de serlo.

FAUS.—Es una fórmula equitativa.

FED.—Y vuelvo al lado de Aurora, que también la pobre está indecisa: no sabe si escucharme a mí, que la digo desatinos, o a Lanzadeira, que se los propone. Mientras duda, voy a seguir diciéndoselos...

(Mutis Federico por la iz-

quierda.)

## ESCENA XVI

FAUSTINO y JOAQUIN

FAUS.—A ese ya le venciste.

JOA.—Humillándome. Y si usted no me llama la atención hubiera yo cometido una torpeza.

FAUS.—Si tuviéramos todos quien nos avisara en la hora peligrosa, más llano sería el camino. Anda, ve a donde están los demás...

JOA.—No...

FAUS.—¿Escoges la soledad y el aislamiento? Mal hecho. No acercarse a las gentes si no cuando hay que decirlas algo, es ponerlas en guardia y ya te escuchan prevenidas.

JOA.—He de hablar con Gloria...

FAUS.—Ya aprovecharás otra coyuntura. Anda...

JOA.—No...

FAUS.—Cuando no se tiene lo que se quiere se debe querer lo que se tiene. Anda...

JOA.—Voy...

*(Mutis por izquierda.)*

FAUS.—Y no llevés mal gesto...

*(Acompañándole, se detiene a la voz de Tula.)*

## ESCENA XVII

FAUSTINO, TULA, por derecha

TULA.—Don Faustino... señor don Faustino... ¿le molesto?

FAUS.—No, señora.

TULA.—¡Qué amable...! Desearía aconsejarme de usted en estas circunstancias, para mí algo críticas. He recibido una declaración.

FAUS.—¿De guerra...?

TULA.—De amor...

FAUS.—Eso, para usted, no puede ser imprevisible.

TULA.—*(Atragantándose de placer.)*—¡Gracias...! Y como había tenido ya la imprudencia de confiarme a él, entregándole...

FAUS.—Su cariño...

TULA.—No; fondos.

FAUS.—¡Ah...!

TULA.—¿Será correcto seguir ambas negociaciones o deberé suspender una mientras se resuelve la más urgente?

FAUS.—Mejor sería.

TULA.—¿Y cuál le parece a usted la más urgente... don Faustino?

FAUS.—¡Ay, señora, eso depende de usted mismal ¿Cómo voy a decirla yo la prisa que usted tiene...?

TULA.—Comprendo, amigo mío, comprendo. ¿Entonces lo del dinero podríamos aplazarlo...? ¿Esa es la opinión de usted...?

FAUS.—Esa es.

TULA.—Dispéñeme que le consulte, pero he de responder esta noche y aquí no tengo persona a quien acudir.

FAUS.—Gloria es muy amiga de usted.

TULA.—Sí señor, pero las mujeres no sirven para aconsejar a otras mujeres. Decimos lo que pensamos y siempre pensamos algo desagradable de las amigas.

FAUS.—También nosotros somos medianos consejeros: muchos hombres confunden el sentido de las palabras y creen que felicidad es lo mismo que placer.

TULA.—¡La verdad es que se parecen! Y usted es el único de quien se puede uno fiar. Joaquín es un muchacho excelente, pero el día que encuentre una idea sensata, por caridad se la dejaremos para él mismo. Lanzadeira dice cosas punzantes y que sublevan.

FAUS.—Es un cínico. Cínico es el que habla

de sí mismo como todos hablamos de los demás.

TULA.—Y Federico un tarambana, sin fijeza y sin atadero, que es persona igual que ha podido ser un saltamontes, y con idéntico entusiasmo brinca sobre una flor o sobre una hierba o sobre una peña. ¡Todo es parecido... en llevando faldas, enamorado!

FAUS.—Sí, Federico es tremendo en cuestión de mujeres. Le gustan las rubias y las morenas y las pelinegras; las flacas y las gordas; las altas y las bajas... ¡todas! ¡He oído decir que le gustan hasta las jóvenes...!

TULA.—¡Comprendo...! En ellos no había que pensar.

FAUS.—En don Reverencias, tampoco, puesto que es el de la hipoteca.

TULA.—Y el de lo otro...

FAUS.—El del amor. Quedo yo, y con mi leal parecer ya sabe usted que cuenta.

TULA.—¿Y usted opina...?

FAUS.—Que debe usted aceptarle.

TULA.—Ya lo hice.

FAUS.—Por eso lo aconsejo.

TULA.—Es una persona formal... Claro que ya tiene años...